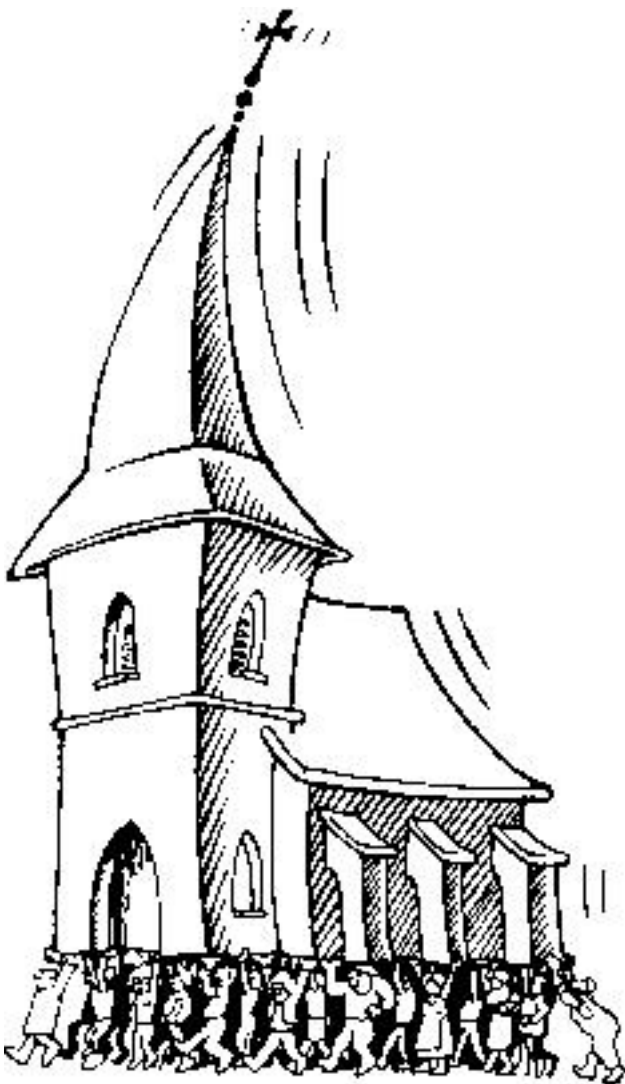


## De una época de cambios a un cambio de época

[ECLESALIA](#), 02/10/06.- “De una época de cambios.... a un cambio de época”. Así es como califican algunos estudiosos el momento actual que estamos viviendo en nuestro mundo. La globalización, la mundialización y la revolución tecnológica, han traído consigo una revolución social y cultural que sorprende por la rapidez vertiginosa a la que avanza, y que está propiciando no sólo una serie de cambios adaptativos, sino posiblemente y en pocos años, un cambio de paradigma, de modelo económico, social, familiar, y cultural que marcará un cambio de época. Lo cual, en sí, no tiene por qué ser necesariamente malo. La Historia (con mayúsculas) avanza precisamente a golpes de timón, a pasitos durante el día y a saltos de vez en cuando. Y ahora, lo que se avecina es un salto, y puede que de notables proporciones además.



Hablemos de la Iglesia. La Iglesia dio un salto cualitativo en el Vaticano II para adaptarse a las situaciones cambiantes que ya entonces se

experimentaban en la sociedad. Fue, lo repito, un cambio adaptativo: para unos un cambio que fue demasiado lejos y eso explicaría la crisis actual (son los que propugnan una vuelta al pasado) y para otros un cambio que hoy día ya se ha quedado insuficiente, y de ahí también la crisis que, decimos, vive la Iglesia. Hoy muchos creemos que la Iglesia, al igual que el mundo, deberá hacer frente, no a una época de cambios, sino a un cambio de época. Y por tanto se sitúa en la encrucijada de elegir entre seguir adaptándose a lo que el mundo ofrece, o convertirse ella misma en un referente por su forma de vivir y de pensar en clave evangélica (alternativa y profética) frente a una sociedad que, aunque sin duda tiene aspectos muy positivos, peca también de egoísta, injusta, individualista y materialista.

Por remontarnos en la Historia y que sirva de ejemplo en alguna medida, la revolución industrial también marcó un cambio de época histórico en el que se pasó de una sociedad medieval, feudal y agrícola, a una sociedad moderna, industrial y urbana. Cambiaron las estructuras económicas (nos guste o no la economía es el motor del mundo actual) y ello trajo consigo una serie de cambios sociales, familiares y culturales de los que somos herederos. La Iglesia reaccionó a ese cambio de época y acompañó a la sociedad precisamente haciéndose cargo de las víctimas que generó ese mismo desarrollo industrial, que si bien en líneas generales resultó positivo, lo hizo también a costa de dejar a muchos por el camino. Así nacen las congregaciones religiosas para hacerse cargo, por ejemplo, de los niños que quedaban abandonados en las calles (problema que no se daba en las sociedades medievales agrícolas donde la gran familia se hacía cargo de los huérfanos), de la educación de los niños pobres, de las madres solteras, de los enfermos, y de todas las víctimas que producían los propios avances. Es decir, el boom social e industrial generó a su vez una serie de problemas sociales que anteriormente no existían y la iglesia estuvo en ese momento presta a responder atendiendo de forma preferencial a aquellos que quedaban “descolgados” por estos mismos avances.

La revolución tecnológica actual también está propiciando -como señalaba anteriormente- un cambio de paradigma y de modelo social. Y ello a costa de dejar a muchos por el camino. Desgraciadamente estamos acostumbrándonos a ver como normal, como producto y como precio que tenemos que pagar por el desarrollo, a oleadas de “cayucos” y “pateras” llegar a nuestras costas, a cadáveres flotando en las playas, a hambrunas televisadas en directo, a guetos sociales y urbanos (chabolas, favelas, suburbios...), a violencia urbana (en las aulas, en los barrios...), a violencia fundamentalista... La inmigración, por ejemplo, es una de las consecuencias que se derivan de un injusto, desigual y desequilibrado desarrollo económico. La disparidad y la diferencia en el nivel de vida y bienestar entre las clases más ricas (que son paradójicamente las menos numerosas) y las más pobres (pero las más numerosas) ha alcanzado cotas absolutamente insultantes. La diferencia en el desarrollo entre países ricos y pobres, es abismal, o utilizando términos exagerados, sideral, y cuanto mayor sea la brecha, más difícil será que la situación revierta. Posiblemente esto es una consecuencia no calculada del desarrollo de un estado de bienestar que se hizo muchas veces expoliando los recursos de los países pobres colonizados, y para ello utilizando métodos absolutamente inmorales (como por ejemplo sosteniendo dictaduras y promoviendo guerras entre estos) y que ahora desborda nuestro mundo dada la facilidad de desplazamiento que existe hoy en día en comparación con otras épocas, y que gracias a la información, los habitantes de los países pobres saben cómo se vive en los países más ricos y se preguntan el porqué de esa diferencia y por qué ellos no pueden también aspirar a unas condiciones de vida similares. Y no es demagogia afirmar que todo ser humano tiene derecho a luchar por una vida digna para él y para los suyos. Por lo tanto me atrevo a decir que los emigrantes tienen el derecho a buscar las mejores condiciones de vida donde sea, porque negar esto sería como afirmar que los

pobres no tienen derecho ni a intentar siquiera una mejor calidad de vida (y no olvidemos que hasta mediados del siglo XX hemos sido los españoles, portugueses, italianos e irlandeses principalmente, los emigrantes de entonces, y nadie dijo en su momento ni ha dicho ahora, que no tuviéramos derecho a ello).

¿Cómo revertir la situación? Sería necesario un gran pacto político a escala internacional en favor del desarrollo de los países del tercer mundo, algo que escapa sin duda alguna a nuestras magras posibilidades (ni me han entrado de repente delirios de megalomanía y, como dice un amigo mío, no somos nadie), pero donde sí podemos trabajar es en la labor de concienciación para que se den las condiciones y la sensibilidad social necesarias para esto. Y ahí es donde quiero yo meter por medio a la Iglesia.

Una de las palabras clave, a mi entender, en el lenguaje de la Iglesia de esta nueva época en la que entramos, es: compartir, y esto hacerlo en favor de los desfavorecidos y las víctimas del actual desarrollo social. Algo que están realizando ya, reconozcámoslo, bastantes (aunque aún podrían ser más) sectores y gente de Iglesia. ¿Quiénes son esos desfavorecidos de hoy día? Víctimas las hay en los países desarrollados, pero la mayor parte está en los países en vías de desarrollo y en los países pobres del llamado tercer mundo. Estos son los pobres y ahí están. Y la primera bienaventuranza de Jesús está dirigida precisamente a los pobres “porque de ellos es el reino de los cielos”. En consecuencia: la Iglesia está llamada a ser la voz de los pobres y a liderar la causa de la justicia y del desarrollo de los pueblos más pobres de la tierra, y está llamada a ser signo (habría que buscar de qué nuevas formas además de las actuales) comprometiéndose aún más en la labor misionera en favor de estos países y de los sectores de población que se están quedando fuera del sistema y a los que no llega la ayuda del estado ni de las instituciones. Esto se puede hacer, por ejemplo, desde la cercanía con todos aquellos inmigrantes a los que tachamos de ilegales (como si fuera delito buscar unas condiciones de vida dignas), desde la labor en favor de los derechos de los “sin papeles”, desde la presencia de vida y misión en medio de los colectivos más desfavorecidos, desde una apuesta radical por los países más pobres de la tierra (la mayoría de los cuales aunque no todos, se encuentran en el África subsahariana).... entre otras posibilidades.

En el mundo sigue habiendo esclavos y libres, solo que las ataduras de hoy son el dinero y las riquezas, y sigue habiendo explotadores que se escudan a la sombra de compañías transnacionales que mercadean con el hombre como doscientos años atrás lo hacían con los esclavos. Produce escalofríos oír las cuentas de resultados y beneficios de algunas empresas si las comparamos con la dramática situación que atraviesan millones de hombres y mujeres en el mundo. La conclusión es clara: no podemos permanecer impasibles ante esta situación de injusticia. Que la Iglesia y todos aquellos que la formamos, desde nuestra oración, desde nuestra denuncia y desde nuestro compromiso social, nos convirtamos en altavoces del Pueblo de Dios que sufre.

*(Eclesalia Informativo autoriza y recomienda la difusión de sus artículos, indicando su procedencia).*

ECLESALIA - JAVIER LÓPEZ DÍAZ, sacerdote Terciario Capuchino;

---

Publicado en Ciudad Redonda

[www.ciudadredonda.org/articulo/de-una-epoca-de-cambios-a-un-cambio-de-epoca](http://www.ciudadredonda.org/articulo/de-una-epoca-de-cambios-a-un-cambio-de-epoca)